

“Hermanos humanos, que vivirán tras nosotros...”*

M I C H E L L A P E Y R E

LA FRATERNIDAD, HUMANA

En un mundo supuestamente globalizado pero donde existe aún aproximadamente un centenar de focos de guerra, civiles o no, ¿qué significa “vivir juntos”? Las respuestas sabidas y practicadas hasta hoy resultan ineficaces, cuando no agravan las cosas. Las soluciones por la vía de la fuerza y el poder, que se multiplican como nunca, fracasan unas tras otras. Tal vez ya no se trata de saber dónde empieza ni quién empezó, sino de si hay algo y alguien “que detenga eso”. Sin excluir todas las dimensiones aquí implicadas, particularmente jurídicas, políticas, ideológicas, y sin prejuzgar tampoco sobre sus formas e intervenciones, el psicoanálisis avanza dos términos simples, casi perogrulladas, pero en todo caso fundamentales: la ley y el vínculo. Van de la mano: no hay el uno sin el otro y viceversa.

La ley de los humanos¹ concierne a una disyunción, a un divorcio del goce, que tiene la categoría de una prohibición: “El goce le está prohibido a quien habla como tal” (Lacan). Quiere decir que la ley no lo regula todo, y hasta puede retomar a cuenta propia lo feroz y obsceno del goce que reprueba (como en el caso del superyó y sobre todo del superyó colectivo). De todas formas, la ley humana (que en ello es igualmente inhumana) inaugura y desarrolla una experiencia de la falta que está por tratarse. No basta con que todos puedan sentirla como privación y experimentarla como frustración, mucho menos basta que sepan resignarse o contentarse con ello. Debe ser asumida como castración por cada cual, que de esa manera es llamado o invitado a anhelar lo que desea (si acaso es bien cierto que “el deseo es defensa, defensa contra el goce”). Hay entonces un primer tiempo de la ley, la simbolización primordial, que corresponde a lo que Freud, de acuerdo con los etnólogos y los antropólogos, define como la prohibición del incesto y del parricidio, que es, en su opinión, el sacrificio más sanguinario

* Traducción del francés de Pio Eduardo Sanmiguel A. Escuela de Estudios en Psicoanálisis y Cultura, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia.

¹ Retomo aquí, a mi manera, lo que abordamos con Isabelle Morin (psicoanalista de Burdeos) en un seminario que tuvo lugar en la misma ciudad entre el 2003 y el 2004.

que se le exige a los miembros de la especie humana. El segundo tiempo de la ley es el de la refundación, que hará necesario que cada cual, uno por uno, la haga suya: que se cuente en ella, que se meta en ella y ponga algo suyo; en otras palabras: que la subjetive. No es un asunto de aprendizaje o de herencia, de iniciación o inculcación, sino de propagación y de transmisión. El psicoanálisis nos muestra que la cultura y la civilización no se definen como un conjunto de determinantes, sino que sustituyen la determinación por la responsabilidad. “La salvación del hombre estriba en la elección”. La relación con la ley, la verdadera relación, viva y real, no podría reducirse en ningún caso a una sumisión, a la “servidumbre voluntaria”.

El vínculo es el vínculo con el otro (con y sin mayúscula: A y a) entendido tanto de la manera más general como en el sentido más genérico. Ya en Freud este otro se abre en abanico, en el nudo mismo de lo humano, en el corazón del ser (*Kern unseres Wesen*) y por lo tanto en el centro de la subjetividad, desde el Otro prehistórico, el prójimo (*Nebenmensch*), o sea la persona que se presenta y aparece como auxiliadora para el niño, hasta que éste la rechaza como extraña y hostil, y consecuentemente se impone o se introduce como el intruso. Con este Otro (el *Autrui* generalizado, tal como lo llamaba Henri Wallon) el lenguaje abre y autoriza las dimensiones del semejante, del similar y del diferente: partiendo del enfrentamiento con la imagen, pasando por la confrontación con el símbolo, hasta el reencuentro con lo extraño y lo extranjero (el choque, itrauma!, en este lugar otro, este lugar de la alteridad, que bien puede ser ocupado de manera diversa pero que jamás podrá ser colmado por completo, ¡el sexo en y para el hablanteser!). Pero la alteridad no se aborda sin dificultad, sin precaución ni sin respeto (“el debido respeto a todos los hombres”, véase más adelante). Cuando en *Psicología de las masas y análisis del yo* Freud hace el esfuerzo de volver a trazar el curso de lo social y de perfilar las suertes del sujeto en lo social, enumera exhaustivamente y en forma genial las figuras y los paradigmas de este acercamiento y de este “tratamiento” del otro: son aquellas y aquellos que hacen de él alternativamente un modelo y/o un objeto, un adversario, un asociado. ¡Todo está dicho! Agregaré no obstante tres comentarios. *Por una parte*, lo que llamamos vínculo social (que siempre hay que reiniciarlo en la práctica y redefinirlo en la teoría) es el esfuerzo por conjugar (sin duda por medio, a través y más allá del uso habitual de esas formas del otro) la satisfacción de cada cual y la obra común. *Por otra parte*, la relación del sujeto con el otro (traducción palabra por palabra del término freudiano *Ichveränderung*) es una especie de proceso de “alteración”: necesidad y hasta “sed” del otro, y al mismo tiempo perturbación, modificación y hasta metamorfosis, por y en el otro, o sea lo que sucede gracias al amor y a la identificación, tanto con el objeto como más allá de él y del significante. *Por último*, aun cuando no pueda demostrárselo aquí, el vínculo con el otro llevado a su límite (hasta el reconocimiento de la alteridad en lo que tiene, no de relativo y secun-



dario sino de absoluto y fundamental) sólo puede reposar sobre una organización de la pérdida del poder.

La ley y el vínculo, y sólo ellos, llevados de esta manera hasta su punto de consecuencia, conducidos a la conclusión ética y lógica que los lleva a intrincarse, son un antídoto contra la cultura del resentimiento, en todas sus formas, y contra la búsqueda de venganza, sea ésta parcialmente justificada o totalmente injusta: en efecto, seguir la ley y obedecerla, pero como se debe, y crear vínculo justo y duradero, es pasar de la psicología de masas a la lógica colectiva, es decir, cambiar al otro, que supuestamente es el que priva y/o al servicio de quien se siente o se cree uno obligado a privarse por oscuras razones, por el otro, con quien uno se asocia libremente en una labor humana. Si se admite lo anterior o si se considera que es verdad, puede comprenderse la regularidad con que se invoca la fraternidad como vía regia y solución elegante y cómoda en este sentido. Salvo porque esta vía es, no obstante, una trocha llena de recovecos y plagada de obstáculos. Salvo también porque esta solución continúa cuestionada en muchos aspectos y sigue planteando problemas a muchos, si no a todos y cada cual. Ya sea que se la tome de la familia y de la religión, que se la extraiga por el lado de la filosofía y de la política, que se la limite a la consanguinidad en sentido estricto o que se la extienda hacia la amistad, la fraternidad no es evidente.

Si es una consigna, ¿es una clave o un callejón sin salida? ¿Es una idea o una realidad? ¿Se trata de un hecho o de un concepto? ¿Concierno al ideal o a la utopía? ¿Resulta del proyecto o del programa? Se mezclan en ella, a pesar de las más diversas oposiciones y en contra de las más solemnes advertencias, así fuese a costa de las más ásperas disonancias, los lazos de sangre, de territorio, de la comunidad, los de la ciudad, del pueblo, de la nación, y además también los vínculos con lo sagrado, con lo numinoso, con lo divino. No se puede entonces impedir que la significación y el uso de la fraternidad oscilen entre el polo del parentesco y de la familia y el polo de la civilidad y de la amistad. ¿Es entonces la fraternidad una presión que ha de constatarse y confirmarse, o una opción que ha de recordarse y alentarse? ¿Es una “palabra impuesta” o el resultado, precario, de una elección? E incluso, ¿es un deber o un derecho? Deber incesantemente recusado (desde Caín y Abel), derecho siempre impugnado (a pesar de, si no por causa de, los derechos del hombre). Y sin embargo, nada qué hacer: vuelve siempre a sostener, si no a fundar, la acción humana y el vínculo social, aun cuando en ella se enmarañen, inextricable y peligrosamente, la mitología (todos somos iguales porque todos nos parecemos... aunque unos más que otros) y la lógica (lo que nos hace hermanos es percatarnos, y también saber, que hacemos, todos y cada cual, cada cual con todos, “uno-entre-otros”, la experiencia de nuestra “diferencia absoluta”). ¿Bajo qué condiciones puede entonces contribuir la fraternidad a impedir que nos matemos unos a otros, incluso que nos matemos, y ayudarnos a construir, a obrar, a



crear y a permitir que la especie humana sobreviva a la cultura, capitalista, de la pulsión de muerte? No se trata con esto de hacer un recuento de los aportes del psicoanálisis, sino de recordar al menos ciertos recursos doctrinales de la obra de Freud y de la enseñanza de Lacan. Es sólo un comienzo.

FREUD: EL CONSENTIMIENTO

Está el mito freudiano del asesinato del padre². Al mismo tiempo que se reconocen como hijos, se descubren hermanos: por etapas, en varios pasos. No tanto como socios, cuando lucharon contra el padre primitivo que los había expulsado, ni tras el crimen, en la rivalidad para apoderarse de las mujeres, sino al superar las discordias que siguieron a la realización del acto, y sobre todo con la institución de la prohibición del incesto. Entonces se reconocen como hermanos con la renuncia a la posesión de las codiciadas mujeres, y a través de la preservación de la organización que constituyó su fuerza para suprimir al padre. Es un logro frágil y minado. En efecto, Freud anota que la victoria es de las tendencias que empujaron al parricidio. La fraternidad que ejerce su influencia sobre la sociedad, es ciertamente la santificación de la sangre común (*isic!*) y la afirmación de la solidaridad entre los miembros del clan: pero lo esencial de la fraternidad en esta etapa consiste en que queda excluido que se traten entre ellos como trataron al padre, y hasta que acaben por plantear el famoso mandamiento universal “No matarás”. ¿Formación reactiva? Se pasa de la horda al clan y a la sociedad con apoyo en la religión (culpabilidad y arrepentimiento) y en la moral (deber y expiación). Pero, a fin de cuentas, la presión de los vínculos del clan fraterno, que hace iguales a los miembros, deja insatisfecho el deseo de cada cual. A partir de entonces no queda otro recurso que el amor y la sumisión de todos y cada uno al padre primitivo desaparecido, o a su ideal resucitado en diferentes figuras sustitutivas. En adelante sólo hay un equilibrio recíproco y un refuerzo mutuo, cada vez más precario, entre la salvaguarda de las conquistas sociales del clan fraterno y la autoridad paterna, que ha venido a sustituir la omnipotencia del padre primitivo, cada vez más cuestionada. Esto fue lo que extraje de *Tótem y tabú*.

En *Moisés...*, Freud condensa esos datos y extrae una enseñanza general. Considera que los hijos llegan a ser hermanos al pasar de la disputa en torno a la herencia paterna al contrato social, luego de recordar su alianza y el fracaso de sus luchas... “fratricidas”. La primera forma de organización social ve la luz con la *renuncia a las pulsiones*, el reconocimiento de *obligaciones* mutuas, la instauración de *instituciones* declaradas inviolables, comienzos de la moral y del derecho. ¿Qué hay en común, entonces, en el centro, en el corazón del vínculo social? Una renuncia. ¿Y qué es la fraternidad, si existe, cuál su medio y su medida? El consentimiento de cada cual a esa renuncia, como deber y como deuda imprescriptibles y universales. ¿Resulta exagerado

² Sigmund Freud, *Totem et tabou [Tótem y tabú]*, (1912), París, Petite bibliothèque Payot, 1965 (particularmente el capítulo 4, “El retorno del totemismo”, págs. 117 a 185, y principalmente págs. 162 a 168, págs. 170 a 172, págs. 178 a 180).

entonces afirmar que lo único que puede decirse de la fraternidad es que sigue siendo indecible? Sólo puede hablarse de ella si se la restringe a un asunto familiar, ¿pero qué puede decirse? Cuando mejor, reposa sobre lo que la pone en peligro: el repudio de las ganas asesinas, el acuerdo sobre la prohibición del incesto. ¡Nada se pierde con esperar! Y sin embargo, si no existiese, habría que inventarla, porque no es su negación sino su superación (¿*Aufhebung*?) lo que constituye la fraternidad. Hay una curiosa entrevista de Michel Foucault³ que lo demuestra claramente, a su manera: no hay relación con el otro sin perturbación reconocida y asumida, aquella que es debida a la presencia del sexo, ya sea que se lo aparte o no, que se lo aleje o no. ¿A quién o a qué se encomienda uno para hacer frente a esa perturbación y soportarla? Si es a la masa, convencional o no, y a su, o sus, jefes, nada bueno se le augura a la fraternidad. Quiriendo prescribirla, se la proscribire. Lo prueba la experiencia.

Lo que retendré de los comentarios de Freud, y que me parece decisivo por zanjar entre las diferentes consideraciones respecto a la fraternidad, es que ésta no equivale, pura y simplemente, a una variante de la sujeción: no es solamente un componente o una consecuencia del Edipo. La fraternidad como tal está hecha de consentimiento: consentimiento de poner, no por fuera del grupo sino justo en el seno mismo del vínculo, aquello a lo cual acepta renunciar cada uno, para darle lugar al otro como tal. Dejando de acusarlo o de excusarse, o también de negarlo o de sacrificarse por él! Allí, y sólo allí tendría algún sentido el “amor al prójimo”: Lo que puede autorizar a cada cual a acercarse al otro sin ceder a sus pulsiones de destrucción es encontrarse bien cerca, advertido y avisado, de su propia maldad, sobre todo para poder responder por ésta.

LACAN: LA APUESTA

Quisiera presentar algunas referencias recogidas en Lacan, apenas un tanto más locuaz que Freud al respecto. No obstante, se ve aparecer muy pronto en el texto el tema de los complejos familiares⁴. El hermano se halla ligado a la coyuntura genérica en la que se constituye el ser humano: el hombrecito llega al mundo acorralado entre prematuración y sobreadaptación, insuficiencia y anticipación. Es “la incómoda situación de ser hombre”. Para el caso, el hermano se manifiesta o puede manifestarse como semejante, al mismo tiempo que como intruso y como modelo, privador, causa de celos y soporte de una confusión entre el amor y la identificación, matriz del vínculo inalienable en adelante entre identidad y alienación. Por eso la fraternidad lleva, incluso al mismo tiempo, tanto a la regresión como a la sublimación.

Hallé luego tres referencias⁵, emblemáticas para mí y, en mi humilde opinión, axiomáticas, aun cuando sean anteriores a la enseñanza lacaniana propiamente dicha: conciernen a la posición del practicante en cuanto tal, en sus dimensiones ética y

³ “De l’amitié comme mode de vie” [De la amistad como modo de vida], en *Dits et écrits*, IV, 1980-1988, París, NRF-Gallimard, 1994, págs. 163 a 168.

⁴ Jacques Lacan, “Les complexes familiaux dans la formation d’un individu” [Los complejos familiares en la formación de un individuo], (1938), en *Autres écrits*, París, Editions du Seuil, / Le champ freudien, 2001, págs. 23 a 84 (particularmente págs. 36 a 45).

⁵ Jacques Lacan, “La psychiatrie anglaise et la guerre” [La psiquiatría inglesa y la guerra], (1947), en *Autres écrits*, ed. cit., págs. 101 a 120 (particularmente pág. 119). “L’agressivité en psychanalyse” [La agresividad en psicoanálisis], (1948), en *Écrits*, ed. cit., págs. 101 a 124. “Introduction théorique aux fonctions de la psychanalyse en criminologie” [Introducción teórica a las funciones del psicoanálisis en criminología], (1950), en *Écrits*, ed. cit., págs. 123 a 149.

política. En el texto de posguerra sobre la psiquiatría inglesa, Lacan puntúa su escrito sobre el “debido respeto a todos los hombres”. Nada que censurar. En los textos posteriores de esa época, en el que se ocupa de la agresividad y aquel sobre criminología, Lacan evoca en cambio explícitamente la fraternidad. El primero lo cierra con esta “fraternidad discreta” de la que habremos de participar, y que es la única capaz de abrirle la vía de su sentido a “ese ser de nonada” que es el hombre moderno condenado a la galera social. El cierre del segundo texto concierne al tratamiento del criminal: es aún más conmovedor, es decir, que si bien es emocionante, sobre todo da en el clavo. Lo que el psicoanálisis puede aportar de verdad rigurosa, lo debe a su privilegiada función que consiste en recordarnos el “recurso del sujeto al sujeto, que inscribe nuestros deberes en el orden de la fraternidad eterna”, o sea, lo que constituye la regla de nuestra acción. En otras palabras, la fraternidad como conclusión: la única ante lo peor. Y subrayo que Lacan, al respecto, es muy freudiano y hasta muy darwiniano: para la existencia humana en tanto situación a la deriva y para sus accidentes en el hombre, estar hecho de falta, una sola respuesta o solución: la solidaridad, la asociación, la fraternidad. No veo bien cómo pueda ponerse en duda o superarse esto, asunto que el capitalismo como crimen, el capitalismo que es su crimen, nos hace olvidar y renegar cada vez más.

Pero Lacan también nos ha acostumbrado, si puede decirse, a lo inesperado: se contradice como la verdad, se desmiente como lo real. En el seminario hay contadas alusiones rápidamente localizables a la fraternidad, y sólo hacia el final. En *El revés*⁶ parece ironizar sobre la energía que ponemos en ser todos hermanos, prueba de que no lo somos tanto. En efecto, Lacan nos dice que la fraternidad humana sólo tiene la segregación por origen: “Estamos aislados juntos, aislados del resto” (“¡Todos juntos! ¡Todos juntos!”: sí, pero separados de los demás). Es así como descubren que son hermanos y como resuelven no tocar a sus mamitas (*isic!*) ¡Una farsa entonces! La fraternidad se revela sin salida, incluso como un *impasse*. En *...o peor*⁷ Lacan se explica un poco más y un tanto mejor. Lo que sucede entre el amo y el esclavo (el gobernante y el gobernado) no es una relación entre la esencia amo y la esencia esclavo. Esta idea es un psicologismo del que tenemos que desprendernos. Más bien se trata del vínculo en el que uno se hace –eso piensa– de la misma materia con la que se sabe ser del mismo palo, por lo menos eso cree uno. Esa es la gran mezcolanza que constituye la fraternidad, que está bien hecha para que uno venda (o negocie) a su hermano. Ya nos lo enseña la Biblia (es lo que le ocurrió a José en Egipto) y la historia nos lo demuestra suficientemente (incluyendo la de la institución psicoanalítica). Más tarde⁸, Lacan precisa, matiza e incluso corrige su presentación. Dice que sólo somos hermanos en el discurso analítico. Eso es lo que nos vincula con el paciente: tal vez sea eso lo único que puede nombrarlo. Somos hermanos de éste porque somos, como él, hijos del



⁶ Jacques Lacan, *Le Séminaire, Livre XVII, L'Envers de la psychanalyse (1969-1970)* [El seminario, libro 17, El revés del psicoanálisis], París, Le Seuil / Le champ freudien, 1991, clase del 11 de marzo de 1970, págs. 131 y 132.

⁷ Jacques Lacan, *Le Séminaire, Livre XIX, ...ou pire [...o peor]* (1971-1972), inédito, clase del 15 de marzo de 1972.

⁸ *Ibidem*, clase del 21 de junio de 1972.

discurso. Este es el estado de cosas que revela, atestigua o concreta el discurso analítico. ¿Por qué? Porque el discurso analítico es el discurso que permite saber ser un desecho, hacerse a un de-ser por ser el desecho, lo abyecto (de lo humano, de la humanidad): al soportarlo sobre un saber ubicado en lugar de verdad, que puede ser interrogado, que está ahuecado. El discurso analítico nos enseña de esta manera que la segregación es (el hecho de) el goce, y que no hay otra manera de responder allí ni de responderle a eso, que con el saber: pero un saber que no es omnisapiente (saber de todo, todo como saber), que le abre un lugar al no tanto, que está abierto a la protesta del sujeto y a su objeción “moterialista”⁹. Entonces, lo que hace que seamos hermanos es ese desarrollo de un discurso, la institución del vínculo que hace que nos descubramos y que nos hace “hermanos de experiencia” (Colette Soler). ¿Hermanos? Tal vez, ino es seguro! Pero hermanos de experiencia, sí. “Nuestro hermano transfigurado; eso es lo que nace del conjuro analítico y es lo que nos liga con lo que impropriadamente se llama nuestro paciente”.

Forzando un poco y apresurando mucho mi conclusión, diría que lo que nos hace hermanos es ante todo hacer frente cada cual a su soledad. Ello supone el encuentro con la prueba de la falta en ser, la efectuación de la experiencia de pérdida de goce, es decir, medirse en el trabajo de separación ante el Otro y el objeto. Lo que nos hace hermanos es también, al mismo tiempo y por eso mismo, enfrentarse, cada cual al horror de saber qué se es en el peor de los casos, y aprender a responder por ello. Lo que me liga al otro como mi hermano es saber un poquito de lo que me separa de ser hermano, y sin renunciar del todo ni conformarme tampoco, consentir en ello. Ser hermanos ¿es un hecho, un esfuerzo, un afecto? Es un decir, es un acto. No mudo o autista aunque a menudo silencioso, sin duda. Tácita reconducción. ¿La fraternidad es una coacción impuesta? Es un hecho de *discurso*, cimienta social. ¿La fraternidad no es más que un forzamiento y un predicamento del amor? Tal vez sea la audacia de una profecía, y sin duda es un asunto de *poesía*, de bien decir. ¿La fraternidad no es más que una ilusión o un privilegio? Es el lujo de una *apuesta*. Una apuesta, diría yo, casi “de lo peor al par”. Impuesto o elegido, designado o decidido, el otro es mi hermano cuando y porque apuesto que haré de él mi par: no olvidándolo ni perdonándolo, ni siquiera renegando lo peor de él, en mí, y entre nosotros, lo humilde de lo humano, la “humanimalidad”¹⁰, sino sobrepasándolos (“Aufhebung”). Es algo que siempre ha de rehacerse. “Si se trata de un hermano...”: con quien digo que es mi hermano y a quien hago mi hermano (“fraternidad discreta” obliga), ya no se necesita en adelante del mandato superyóico ni de todos sus “tu” (homónimo en francés de “¡Mata!”). Sólo salgo del rango de los asesinos, según el voto de Kafka, al sobrepasar, o sea sin ignorar, el anhelo de asesinar a mi congénere: mi semejante, mi huésped, mi enemigo, mi amigo, mi par, imi hermano!

⁹ *Motérialiste*: Neologismo que conjuga la palabra *mot* (palabra) y la palabra *matérialiste* (materialista) [N. del T.].

¹⁰ Michel Surya, *Humanimalité*, Éditions du néant, 2001.

